EL TURNO DE LA SOMBRA (Frangementos)

Luis Mireles Flores

Cuando sitiado escribo una canción de viento,
cuando sigiloso el sonido se esparce como un viso de luna sobre el vientre,
cuando me encuentro tan pleno de silencio que zumbo por la noche,
cuando perdido en la inhóspita maleza del recuerdo,
imploro el tono violento de tu estrella
y el pórtico del día es el sepulcro del ansia,
cuando canta la brisa una canción de espanto,
cuando el espanto posa su mirada en los ojos de un infante,
directo en la mente del infante,
directamente en la linfa del infante,
el estruendo fluye por la arteria del mundo
y la mente se expande en la caída.
Un latido sin contenido ni fondo.

Bienaventurado quien escribe su nombre en arenas desoladas.
Casi borrado por el viento,
mi nombre yace oculto en el tesón del afligido.

*

LUIS MIRELES FLORES

En un instante la sombra se propaga.

El tiempo me devora grano a grano
y me sumerge en el sigilo de la bruma:
presagio de un corazón en ruinas.

Un rostro, busco un rostro transparente:
mi propio rostro.
No logro distinguirme en la algazara del oleaje.

Busco el rostro de las aguas en el espejo de la noche.
El misterioso rostro de la marea temporal.
El rostro que insolente me consume.
Persigo el rastro de una bestia inasible.

Después de alimentarme con sopor de luna,
degusto el crisma de la noche.
La velada cae sobre el tumulto usual de soledades.

Sedienta amante del seno milenario,
la noche me cubre con su cuerpo firme y fogoso.
Desde su pecho me extendiendo hacia los ojos del mundo.

Como esquivarlas que hieren la membrana del tiempo,
mis llagas atraviesan la palabra
y mis palabras
atraviesan el llanto bajo el llanto.

*

En el pulcro manantial de mi destierro,
el sol se desvanece.
Espero una palabra del señor de los suspiros.

Espero un suspiro ardiente del señor de la palabra.
Palabra y noche alimentan mis desvelos.
Ante la noche soy palabra.
Ante la palabra, tu recuerdo.
Palabra de la vida y de la muerte.

Tu silueta oscura,
corona del fervor inmaculado.

La noche es la más bella amante de quien vive oscurecido,
pues el misterio de la luz que ha quemado sus ojos
habita en lo más profundo de la sombra.

*

Como un lustroso vapor de madrugada,
coronar la lejanía.
Caer en los brazos del rocío
tan desnudo como el resuello amoroso.
Presenciar un estallido
sobre el blanco sollozo de la aurora.
Olvidar el nombre eterno
para cincelar la barca con los nombres
engendrados por el mundo.
Vivir el mediodía a medio mar:
solo y en silencio,
sin saber si retornar o proseguir
y sin ningún aplauso en el vaivén
de las corrientes del destino.
Abrigar a toda hora el terror del hundimiento.
Y a media travesía,
comprender que el viaje
no tiene ningún significado,

LUIS MIRELES FLORES

pero que la imagen del navío
remontando cada embate
es el alimento de la euforia.
Sentir los ojos cansados
de tanto verse el alma
y los brazos dolidos
de tanto andar cargando los recuerdos.
Apretujar los párpados
y azotar con ellos el final de la jornada.
Reconocer el sonido del ocaso
y el salado aroma de la eternidad.
Encallar de rodillas en la arena,
dejando el último jadeo sobre las aguas.
Despertar con el rostro mojado y cubierto de plumas.
Extender las alas
y volar sobre la costa
y atravesar los aires que en un tiempo
fueron lecho de alma pura.
Extraviarse,
para siempre,
en la albura del silencio.

*

Ha llegado la hora del quebranto colosal.
Ha llegado la hora de los estruendos solares,
de los gemidos de estrella.
La hora del hombre abrasador,
de restaurar la estirpe de la feroz desnuda:
la del rostro de serpiente,
la del cabello flameante,
la princesa de la noche desgarrada.
Ha llegado el turno del misterio radiante.
Ha llegado el turno de la sombra.

¡Despierten, mis hermanos!
Admiren el más íntimo instante del opúsculo del hombre,
el corpúsculo del ínfimo tormento:
efigie de un perdón interminable.

Admiren el crepúsculo del hombre.

*

Con los ojos cargados de luz,
voy por la noche ungido con tu aurora.
Tu abrazo en forma de ave gigantesca
satura los canales del alba.
El alma es un canario de plumas gigantesca y trinos vastos.
Y por eso, la inmensidad vive cautiva en los ojos del hombre.

Escaso para el vuelo del espíritu,
seduce el cielo al volador incauto.
Fruto que presagia un antojo inmundo.
Fruto que derrite el tercer ojo del mundo.

El cielo es el patio trasero
donde yacen los fulminados.